

# Inmortales

Sebastián Rodríguez

Image not found.

# Capítulo 1

## I

La ciudad posaba solitaria en lo alto de la colina resplandeciendo sus muros blancos anillados de torres, imponiendo ante todo aquel que osara mirarla su completa magnificencia radiante de total fortaleza y seguridad, escondiendo bajo su apacible fachada el caos del mundo civilizado. En todos los tiempos del hombre los intereses de unos pocos se han culminado con la voluntad de los muchos, y en aquella tierra donde converge la más moderna de las eras no sería distinto. Lo que una vez fue un horizonte de esperanza y bienandanza, donde alguna vez hubo un millar de vírgenes tierras que rellenarían las promesas a clanes enteros por una venidera prosperidad se derrumbarían tan fugazmente como habían llegado. El tiempo corrió muy deprisa sobre los hombros de los nuevos hombres que buscaban dictar una nueva libertad, tan veloz como una brisa de verano, como un atardecer invernal, imposible de seguirle el paso solo pudiendo apenas tocar la estela quedada de deseos y sueños sin realizarse. Las memorias de los más veteranos son acogidas por la nostalgia y melancolía de recuerdos que ni siquiera eran suyos, recuerdos que se ciernen sobre la vieja gloria de una civilización que ya no es lo que fue, del apogeo de un tiempo de grandes avances como la liberación del pueblo, de la grandeza en los muros que levantaron sobre una tierra vacía y olvidada que hoy solo servía como el enjaule de miles de penas. Aquella ciudadela de inmensos paramentos blancos había quedado atrapada entre dos mundos divergentes; el nuevo, que no paraba de correr hacia al este escapando de los dogmas fundadores; y el antiguo, que desde el oeste no paraba de observarle con la desaprobación de un padre decepcionado.

La joven ciudad ha sabido albergar procedentes de todas las cardinalidades dentro del decenar de anillos amurallados, aún así, pese a la ilusión de ese pleno desarrollo todos los que allí yacían estaban acostumbrados a la carencia, la pobreza y el dolor, pero más acostumbrados estaban al caos de un mundo que les hostigaba con constancia. Aquella particular mañana de paz era una rareza que incomodaba hasta el alma más escéptica, una paz de malos presagios. Los callejones callaban y la tranquilidad dominaba las calles. Todo era silencio, un silencio único y cautivador, tan bello como aterrador, el silencio previo a la muerte. Poco antes las campanas habían sonado y con su llamado todos acudieron eufóricamente a la plazuela central haciendo descuido de sus rutinas. El lugar estaba repleto, la masa se convirtió en un solo conglomerado de personas que no hacía distinciones ni diferencias y a nadie parecía importarle; ricos y pobres; artesanos y granjeros; ladrones y prostitutas; todos por igual se encontraban expectantes, hombro con hombro mirando en una misma dirección.

Ganzel había llegado tarde como era habitual en la práctica de sus asistencias pero no tanto como muchos otros que quedaron atrapados detrás de él en la madeja de cuerpos impacientes. Apenas pudo alcanzar a posicionarse en una de las muchas callejuelas que serpentean hasta el amplio espacio en el corazón de la ciudad, templo de todo acto público. Trepó sobre un carro desplomado aún cargado de heno que compartía como palco con otros elegantes individuos apestosos de sudor y vistiendo a la moda con sus cueros embarrados. Su vista se paseaba de un lado a otro sólo alcanzando a divisar un mar de cabezas que rodeaban el estrado en la lejanía sobre en el que formaban los soldados reales, erguidos con sus uniformes rojos haciendo brillo de sus decoros dorados en hebillas y hombreras. Los estandartes de Seithfen en telas rojas y blancas se desplegaban a lo largo de la enorme plaza, la fiera espada rompiendo el cristal negro se veía colgada de cada ventana, en cada pared, en todo rincón enmarcando con claridad el orden que rige a los pobladores sureños.

La mañana continuaba su curso en otro día perdido del primer otoño, a pesar de la tempranía el sol incandescente brillaba sin misericordia sobre la multitud apretujada. El calor plegaba en la frente de muchos de los presentes densos sudores, oportuno para aquellos que pretendían disimular su nerviosismo.

La paciencia era una virtud que en los tiempos desenfrenados que vivían sólo se reservaba para unos pocos privilegiados y aquella plebe reunida no era uno de ellos sin poder evitar tender como de costumbre a corromperse por la ansiedad. Poco a poco el silencio inhóspito se transformó en un susurro constante repleto de especulaciones ¿Será otro mugroso? ¿Un infiel? ¿Un nuevo traidor a la corona? ¿Quién es ésta vez? Responder a tales preguntas carecía de importancia, ya hacía mucho que la empatía había desaparecido en aquellas calles mugrientas y embarradas, repleta de mugrosos y embarrados. Aquellos ciudadanos solo asistían por el simple deseo de consumir su morbo por la muerte, una muerte que pronto actuaría frente a ellos. Lo único importante era rellenar ese espacio en el fondo de cada corazón vacío, un espacio deseoso de ese placer insatisfactorio, de presenciar el acto final de la vida para luego regresar a sus hogares y reírse de ello. Disfrutar un solo instante de fantasmagórica victoria y sentirse superiores en la falsa aclamación de que han escapado otro día a las garras de la muerte.

Pronto una conmoción amenguante barullaba desde el centro hacia los alrededores en un oleaje de cuerpos inquietos y ansiosos. Subieron al estrado dos guardias armados de recias apariencias tirando de un tercer individuo que a duras penas les seguía con cojera y resaltaba con clara distinción por los viejos trapos que le cubrían el cuerpo desnutrido de finas muñecas que bailoteaban en las ataduras. Parecía un hombre pero Ganzel no se atrevía a afirmarlo a causa de la distancia y el costal que le cubría el rostro, el único distintivo que reconocía era el collar que llevaba puesto,

de llamativo engarce con un zafiro rojo de muy vivaz color que parecía guiñar con los constantes reflejos del sol. El accesorio era reconocido para él, sabía su uso pero no su nombre, era un artefacto común para aprisionar magos, para inhibir sus dotes naturales y así relegarlos a la simple mortalidad de un ser común e inofensivo.

Al estrado se sumó otro hombre de impecable apariencia que en la distancia se podía distinguir por su vestimenta de soldado real pero en vez de rojo iba con vivo color azul y una capa vinotinta extensa hasta el suelo que se sacudía con la suave brisa. Llevaba el cabello rubio suelto, lacio y largo, poco habitual en los militares tanto como su largo sable de hoja curva que relucía enfundado en su cinturón. Avanzó con largos pasos hasta el frente de la multitud para ensanchar la proclama que estaba a punto de recitar. Los guardias expusieron al prisionero de rodillas en el límite del estrado junto al orador, la primera fila repleta de sonrisitas se apagó de inmediato con falsos rostros que latían de preocupación.

-¡Queridos compañeros que respetuosamente han respondido al llamado de las campanas, requiero de su total atención!- el hombre de azul tenía una poderosa voz, magnificada por el cuerno de latón que un ayudante escurridizo sostenía frente a él - ¡Nuestro señor y guardián Sain Meheros Seithonos siempre ha rogado por el bienestar y la paz de nuestras tierras libres y su pueblo libre! ¡El pueblo siempre ha servido y nuestro magnánimo señor siempre ha respondido a nuestras leales súplicas!

Espontáneamente más de un gesto de desaprobación entre risas y maldiciones resonaron por lo bajo con complicidad, ninguno con el suficiente valor para hacerse oír por ninguno de los tantísimos soldados entreverados en la multitud. Todos los rostros intentaban acapararse de total indiferencia dejando en evidencia su malestar. Confusos de desentendimiento intentaban demostrar su desinterés ante la autoridad en el estrado, rebeldía ante la nobleza, pero más que lograrlo simplemente acentuaban la aceptación de sus desconformidades.

-¡Nuestro pueblo siempre ha luchado! ¡Luchado por purificar las tierras que siempre nos han pertenecido sobre los herejes y todo secuaz del mal! ¡De todo seguidor de lo místico y la desgracia que esto atrae! ¡De los infieles a su propia gente que hacen culto a los opresores de nuestra raza! ¡Pero ya no más! - el orador levantó su puño al cielo en el torbellino pasional que predicaba, sin leer, sin mirar, solo dejándose llevar por un fatídico fanatismo.

Aquel mar de personas no dudaron en responder con los suyos, todos alzados, firmes. Ganzel titubeó con poco disimulo, un escalofrío le recorría de pies a cabeza. No quería ser parte de aquel rebaño ¿Acaso alguien notaría un puño bajo entre miles? Pero su orgullo era incapaz de asumir los riesgos, aunque lo odiara con toda su alma no tenía opción,

solo podía unirse como una oveja más en aquel corral cercado de piedra, ser uno más y rechinar los dientes.

-¡Nosotros somos la espada! ¡Jamás nos dejaremos arrastrar por la oscuridad y sus artimañas! – hizo una abrupta pausa para retener su extrema agitación, todos los brazos volvieron a ceder en perfecta sincronía – Hoy, en otra prueba de la supremacía de nuestro reino, haremos juicio justo sobre el último de su calaña en nuestra querida tierra.-Los guardias removieron el costal orquestando en respuesta un centenera de suspiros de sorpresa. En Ganzel solo se incitaba el rabiarse penosamente ante semejante reacción absurda por el populacho, una exclamación sin sentido, reactiva erróneamente ante tan poco. Aquel prisionero que observaba con claridad a lo lejos era un simple hombre, golpeado y magullado, embarrado de las uñas hasta la nariz, de largo cabello castaño maltrecho y grasoso que le cubría el rostro y frondosa barba canosa que le cubría el resto. Era un ser irreconocible, doblado por la penuria, frágil y torturado, un ser inapto de sorpresas que fácilmente se llenan de irrespetuosidad, era todo lo contrario, solo digno de suspiros de pena ante su alma dolida.

-¡Que se haga la ley! – retomó el hombre de azul – Ha llegado tu hora, la hora de tu castigo, de tu juicio final. Ya se acabaron los días de tus incursiones en las artes mágicas, en las artes del mal.

Con gesto de mano solicitó al verdugo que acercara su sombría presencia vistiendo su absurda y típica vestimenta en negro. Avanzaba con su hacha afilada a paso tosco y de forma macabra, su mero andar interrumpió la respiración de varios presentes que les fue inevitable tragar sus salivas como a otros tantos perpetuar solemnes caras de idiotas. Pocos asumían la proximidad de sus vidas con enfrentar a aquel ser de negro, pero muchos otros lo ignoraban inconscientes de lo cerca que estaban en un futuro de ser ajuiciados por el filo del hacha en sus cuellos.

-Aún así, como nuestro señor es bondadoso –esa frase le hizo a Ganzel soltar una sonrisa sarcástica sin miedo a las miradas de reojo ganadas, sin duda era el mejor chiste que había escuchado en días – Bendice a todos aquellos que pisan sus dominios por igual y de tal modo, aún a un ser vil como vos, te otorga unas últimas palabras. Habla ahora bellaco o calla para siempre.

El suspenso era tangible aún para el menos perspicaz. Solo aullaba el oscilar de los banderines y hasta pareciera que si uno se esforzara podía escuchar el cantar de lasavecillas de los bosques. Los hombres con ojos saltones aguantaban la respiración y las madres acogotaban a sus bebés con miedo a tener reprimenda por romper tan puro e innatural silencio. Aquella calma suprema levantaba más de una mirada de preocupación pero no la suficiente preocupación como para que alguien se atreviera a decir una palabra, nadie en su sano juicio interrumpiría aquel

sagrado ritual adepto al más antiguo de los dioses.

-Yo... - las piernas del prisionero se tambaleaban dificultándole ponerse de pie. Su voz pesaba en cansancio pero se oyó con claridad en aquel silencio mortífero- Yo Cefrius Morhim. Hijo de la sagrada y primera sangre quienes hicieron nuestro mundo, jamás deshonraré a mi dinastía con ruegos ni pediré clemencia, pero si demando un último deseo por mis antepasados con quienes estamos eternamente en deuda. Demando el más sagrado de los respetos. Demando morir de pie... honorablemente.

La muchedumbre durmiente resucitó de su corto letargo en un arroyo de susurros rabiosos de escupir todo tipo de insultos contenidos en sus pechos. Ningún ser despreciable merecía clemencia y mucho menos hablar de honor frente a la decencia del pueblo libre. Pero sin importar el profundo rechazo de los sureños en su desprecio palpable aquel ser enjuiciado se erguía con el semblante en alto, les observaba a todos por igual y todos por igual se acobardaban de devolverle la mirada a los ojos. El hombre de azul quedó totalmente descolocado, su mirada fuera de órbita buscaba con preocupación la aprobación en el fondo del estrado donde los individuos de la más alta de las noblezas se escondían tapados por las sombrillas en los palcos del palacete central. Imperceptible a la atención del público alguien devolvió la aprobación al orador, la denotaba con la satisfacción en su rostro aunque esa sensación durase un pequeño instante antes de transformarse en un temor excelso de goce. Aun así desenfundó su largo sable sin vacilaciones haciendo a un lado al verdugo que cabizbajo se apartó con decepción infantil.

-Alto – la voz irrumpió desde la sombra. El hombre de azul retomó ágilmente su postura militar, recto y con el sable al ras de su pecho. Se acercó a paso de hojalata otro hombre de armadura blanca como el mármol. Cargaba aires señoriales rozando indicios de superioridad. Su cabello era rubio y muy corto, su rígido rostro no parecía inmutarse y plasmaba en todo aquel que le mirase inmensa autoridad, Ganzel creía ver que ni siquiera pestañeaba, pero a tal distancia era imposible confirmarlo.

-En honor a ti y a tus antepasados te daré la muerte que mereces – el corpulento hombre de la armadura blanca estiró la mano sin girar la mirada. El orador de azul le cedió su arma. – Que el mundo de los muertos te reciba en su gloria.

Evitando todo espacio al suspenso el filo atravesó el pecho de Cefrius sin ningún tipo de resistencia. Aquel prisionero sin remordimientos en el rostro se mantuvo de pie hasta el último instante, la hoja que sentenciaba su fin desprendía con cada desliz su alma de su corazón atado a éste mundo terrenal e efímero. Cayó de bruces tiñéndose de rojo en un agónica temblar y la muchedumbre estalló en festejos, cantos e insultos.

El ambiente se inundó de festividad y una falsa felicidad que no correspondía a la realidad que les rodeaba. Ganzel se repugnaba de la situación y de sus participantes y por ende se repugnaba de sí mismo por estar allí con ellos. Sentía un extraño revolotear en su estómago y como la indignación le llenaba la boca de mal sabor. Sentía odio y tristeza y al mismo tiempo odiaba la tristeza generada por un hombre que jamás había conocido y le entristecía tener que odiar sus propios sentimientos.

Sin desistir a abandonar su mirada del estrado en presencia de la muerte y el sin fin de malestares que ésta le generaba en las fibras de su alma, aún así pudo disipar sus enojos con una simple imagen cautivadora. El mago sin necesidad redenciones supo enfrentar a la parca con el arma más preciada que éste mundo te bendice y así fue como se despidió de la vida... sonrió.

## Capítulo 2

### II

El sol descendía de su cúspide deseando curiosear en las profundidades del bosque, escurriéndose con suaves estelas entre el espeso follaje de los viejos robles. Ganzel se sentía inquieto en la soledad del templo natural. No dejaba de pensar en el mago, en sus últimas palabras y la forma en que afrontó sus últimos instantes. No podía dejar de imaginar lo lejos que estaría de ser tan valiente, de preguntarse si en vida sería alguna vez capaz de reclamar algún tipo de honor si es que alguna vez lo hubo. Con los pasos desganados arrastraba la vestidura de hojas marchitas que alfombraban todo el bosque. Respiraba con grandes bocanadas aunque no estuviera cansado y se dejaba abordar por el intenso olor a savia boscosa mientras el manantial al que se acercaba le farfullaba con simpatía.

Parecía un sitio sagrado, el agua cristalina era adornada con la luz del sol que encontraba en aquel claro un espacio para explayarse sin contratiempos. Avanzó perdido en un solo pensar que se repetía constantemente, en el nombre de una persona que no conocía pero aun así le incitaban deliberadamente un montón de cuestionamientos que creía sepultados. Sus pies se refrescaron en la humedad de la orilla y su completo estado meditabundo se interrumpió abruptamente. Bajó la mirada y se encontró con su propio reflejo, un reflejo que hacía mucho tiempo que no veía, tanto tiempo que ya no podía reconocerlo. Paseó su mano por sus cabellos, rubios y opacados, desperejados y despeinados, nunca los había visto tan largo en sus sienes ni a sus mechones cubriendo tanto su frente. Estupefacto tampoco pudo evitar detenerse en sus ojos, totalmente apagados, un azul sacado del más profundo de los mares, una mirada desdichada y certera, de esas que provocan escalofríos a primera vista. Su piel que había sabido relucir exquisita pureza ahora estaba reseca y curtida, fruto del campo abierto. Con delicadeza posó el índice en su nariz ancha que le ardía de las continuas congestiones en los últimos días, y le pareció ver su boca más torcida que nunca, o quizás fuese una simple ilusión de la calmosa corriente. Rascó su barba descuidada que asomaba algunas tempranas canas y no pudo contener su sonrisa de parejos dientes, se le escapó tras ver a un hombre que le era desconocido y eso le regocijaba enormemente. Se había enamorado de su nuevo ser, libre de todo código de decencia o de imagen. Un ser muy lejano a lo que alguna vez fue una adepta figura de nobleza y las implicaciones de la perfecta apariencia. Veía el rostro de un hombre común y corriente, de uno que podía amar tanto como odiar, y eso le encantaba.

Empapó su cara con el agua helada que le asestó un cachetazo despabilador. Era consciente de su soledad pero aun así miró a su alrededor con desconfianza, con el miedo de un hombre que no

acostumbraba a deambular solo, sin importar que fuese en aquel amistoso bosque, adueñado por la tranquilidad y musicalizado con el canto de las aves entre intermitentes silencios. Rellenó los pellejos de cuero sin ningún apuro ignorando su descuido de no haberlo hecho en la ciudad antes de partir, más preocupado de fantasear con cazar algún animal. Quizás una liebre, o un ciervo ¿por qué no? Ya podía imaginarse peleando con un oso a cuchillo limpio, cuerearlo para hacerse un abrigo y luego festejar victorioso con un festín de carne hasta saciar su hambre mientras sus ropajes aún se mantienen manchados con la sangre de la bestia. Inclusive se imaginaba en el pecho un glorioso zarpazo, una brava cicatriz, el trofeo tras el esfuerzo, la marca de un guerrero mata fieras. Pero ni en su imaginación podía sostener la farsa, nunca había cazado nada, no sabía tirar con arco, es más, ni siquiera tenía uno. Su cuchillo a duras penas podría apuñalar un trozo de mantequilla y su tolerancia por la sangre era muy limitada, una gota salpicada era un vómito asegurado. Además ¿cómo iba a quitarle la piel cuando apenas se cortaba las uñas con éxito? La idea del oso era fantástica siempre y cuando no apareciera ninguno.

Regresó por donde vino siguiendo el camino de hojas removidas. Solo un paso bastó para poner en marcha no solo su cuerpo sino también sus pensamientos donde Cefrius aún gritaba "¡Honorablemente!" una y otra vez.

Para Ganzel no era un buen día, lo odiaba por culpa del mago, quisiera no haberlo visto, quisiera no haber visto el rumbo caótico que el mundo estaba tomando. Los pueblos sureños llevaban décadas luchando en busca de una libertad tan ficticia como los cuentos para niños. Los cultos surgidos de nuevas corrientes drásticas y fanáticas se consumaban en el simple anhelo de la soberanía del hombre, que siempre resultaba en arrastrar la ignorancia del poblado a baños de sangre. El orden se sumía en la nueva era errante que no diferenciaba el honor del deshonor, la justicia de la injusticia, donde los hombres sin conciencia martillaban los pilares fundadores del mundo. Pero eran muchas las conveniencias de estos nuevos dogmas que se ensañaban en contra al impero mal de la magia. Desde entonces los siervos han dejado de linchar a sus señores y los señores se han dejado de revelar contra sus lores. Los mercantes habían encontrado una fructuosa vía comercial en éstas nuevas tierras libres del imperialismo industrial de la magia. Los beneficios habían sido muchos en los dominios de estos gobiernos modernos y todos sus conflictos se han mantenido hasta la fecha dentro de los márgenes de la "tierra de los hombres", punto que llama mucho la atención; la sangre de magos se derramaba de forma trágica día a día pero nunca en tierra de magos y a estos en cambio parecía no importarles que todo se mantuviera así, toleraban esa violencia extrema hacia los suyos siempre y cuando fuera lejos de sus dominios. Ese equilibrio caótico y violento profanaba una nueva paz y eso le inquietaba a Ganzel con recelo ¿cuánto duraría antes de que todo estallara? Ese futuro no tan lejano y poco certero le martirizaba y con tal de escapar deseaba regresar tiempo atrás para

detener a quién blandió la espada por primera vez... Y con solo recordar el filo del sable susurró su nombre, "el caballero de blanco". Un temor que no comprendía del todo le raspó la garganta al mencionarlo, también le hubiera gustado no haberlo visto, no haber visto ese otro camino caótico ¿desde cuándo el blanco hacia la muerte?

-Oh mierda... - Ganzel soltó los pellejos perplejo ante la sorpresa, refregándose los ojos que no creían lo que veían. Dos personas estaban frente a él, aunque más bien estaban frente a su mula, mejor dicho, estaban tocando su mula... la verdad era que le estaban robando.

Los ladrones se percataron de la presencia del robado exclamando con la misma ingenuidad que el hombre de barba. Se giraron por completo enfrentándose los rostros, los tres titiritaban las piernas. Eran dos mujeres, una muchacha joven y una niña, No vestían como damas sino todo lo contrario, sus ropas eran vulgares y de hombre, malgastadas y descoloridas. La niña tenía un saco que usaba prácticamente de vestido y las botas bajas le hacían ver ridículamente patona. La otra en cambio tenía un remache de dos túnicas distintas que juntas improvisaban una extraña combinación de rojo y blanco. El pantalón de dura tela le holgaba y las botas oscuras le rebasaban las rodillas. No parecían estar armadas; no habían fundas, ni cuchillos, ni hachas ni martillos y por lo visto tampoco cargaban equipaje, bueno, no otro que no fuera el de Ganzel.

-¿Acaso están intentando hacerse de mis chucherías? – Ganzel con cierta confianza en el desestimo de que sus asaltantes fueran mujeres se acercó con las manos levantadas, pausado y tanteando el suelo como con miedo a caerse. Solicitaba calma constantemente.

-Ahora son nuestras cosas. ¡Vete! No te haremos daño si te pierdes entre los árboles ahora mismo. – la muchacha con el ceño fruncido fallaba al expresar brusquedad, su voz era armoniosa y primorosa, incapaz de imponer ningún tipo de rigor.

-No tengo nada de valor. Soy solo un vagabundo, un maldito y sucio pobre, un desgraciado sin suerte. Poco tengo para lo mucho que me queda todavía andar. ¿No podrían perdonar a ésta pobre alma? – Ganzel en tono lastimero buscaba penetrar en la famosa sensibilidad de las mujeres, si no lo habían matado aún es que todavía quedaban posibilidades de conversar, pero no vislumbraba ningún tipo de compasión. Se acercó otro poco. La niña se escondía detrás de la mula y apenas asomaba los ojos por encima de su lomo. La muchacha en cambio se mantenía muy seria, hasta un poco enojada. En ese silencio la observó con detalle. No es que Ganzel conociera a muchos vándalos y vándalas, pero no creía que aquellos que se dedicaran a tales oficios tuvieran la apariencia de la joven ladrona. No era hermosa, pero tampoco podía decirse que fuera fea, tenía un encanto en la figura de su rostro y la línea de sus labios. Era delgada, quizás demasiado delgada, su rostro estrecho,

y sus muñecas que bailaban en las anchas mangas terminaban de confirmar esa figura. Eso sí, sus ojos eran muy bellos, no por su color, el cual era un marrón tan común como un roble en aquel bosque, sino que eran grandes y luminosos y sus cejas gesticulaban con una soltura que convertían su mirada en una hipnotizadora.

-¡Atrás! – la muchacha se impulsó con ímpetu recortando distancia, amagó un puñetazo pero sin acercarse por completo. Ganzel retrocedió con el mismo ímpetu sin quitar su gesto de manos levantadas, tenía miedo pero más que miedo estaba totalmente avergonzado por la situación, avergonzado de su miedo. La mujer en el sacudón revolvió sus largos y finos cabellos oscuros que le taparon el rostro.

-¡Aaaaah! – La escena del robo había perdido todo síntoma de seriedad y en la confusión Ganzel solo miraba. La mula había mordido la cabellera de la niña mientras que la muchacha luchaba para remover la suya de su rostro entre diversos ahogos y toses. Estaba más que claro a su vista que no eran verdaderas bandidas, a no ser que en aquellas tierras sean muy distintas a las de los cuentos del resto del mundo; pero no tenían lastimaduras, ni les faltaban dientes, ni marcas de viruela, ni suciedad en sus rostros, hasta tenían el cabello limpio, lo suficiente para antojar a una mula.

La morena ayudó a la pequeña escapar de las garras de la malvada mula come cabezas que la niña no paraba de insultar de tal modo. La chavala no alcanzaba los doce inviernos. Era de rostro dulce e inocente con ojos pequeños y celestes, cachetona a pesar de su delgadez. Su nariz puntiaguda daba cierta ternura chistosa y su cabello era ondulado con indefinidos rizos, llamativo por su tono rojizo como tenue fuego, poco habitual en los pelirrojos.

Ganzel en la distracción aprovechó a sacar su cuchillo de trinchar oxidado que como un malabarista poco diestro casi se le escapa de las manos.

-Déjen mis cosas en paz y por favor váyanse – intimidaba con el filo masticado. Intentaba mantenerse firme pero el temblor de sus brazos le jugaban una mala pasada. Realmente no se creía capaz de apuñalar a esa mujer con voz digna de una cantora, pero tampoco permitiría que se llevaran lo poco de su equipaje, en especial su última adquisición; la mansa mula baya.

-Knö-erm...Ri-setz-jar – la voz de la morena se desprendió en un susurro metálico mientras sus dedos bailoteaban apuntándole en el resonar del interminable tren de silabas que no comprendía. Por un instante la brisa pareció arremolinarse alrededor de ellos. En un pestañar Ganzel se sintió sofocado, aprisionado y rígido. Soltó el cuchillo sin opción a resistirse. Todo sucedió en un soplido, sin poder percatarse de nada,

solo sintió un cosquilleo creciente y cuando miró su cuerpo ya estaba totalmente atrapado. Desde el suelo se ramificó una dura raíz verdosa que desde los pies hasta su cuello le habían cubierto como una enredadera.

-¿Qué es esto?! – las palabras no le surgían con fluidez. Las raíces le apretujaban por doquier, era un dolor molesto pero no intenso, estaba en el punto medio entre el desagrado y el sufrimiento. Su cabeza era tensada hacia atrás constantemente y a duras penas la mantenía erguida sintiendo el roce liso de las verdosas raíces inmaduras, flexibles y resistentes.

-¡Esperen! Podemos negociar... - las mujeres disponían a irse pero voltearon con la compasión que se le tiene a un perro aún sin gustarle los perros, pero para su sorpresa sus rostros fueron invadidos por los pequeños matices del pánico inesperado. Ganzel yacía libre de las enredaderas, engorronado con la agitación de su respiración, las ramas putrefactas le rodeaban en el suelo sin rastros de haber sido quebradas ni dobladas.

-¿Cómo es posible?! – exclamó la muchacha de cabello moreno con preocupación, poniéndose nuevamente en guardia con sus puños.

-¡No hace falta que te pongas así! – levantó Ganzel nuevamente las manos – Podemos resolver esto hablando. Solo dame un segundo.

-¿Cómo lo hiciste? ¿Cómo escapaste de mi hechizo? – la muchacha desencajaba la mandíbula de rabia con claro desentendimiento de lo que sucedía en su mirada. Ganzel nuevamente haciendo abuso de su confianza les rodeó y se acercó con menos susto que la primera vez.

-El arte de conjurar los hechizo por medio de la voz lo creía extinto pero por alguna razón tu puedes, haces uso de ese arte arcaico, ahora comprendo lo que pasó por más que me cueste creerlo – se paró frente a ella cruzando miradas, distrayéndose por momentos en su belleza – Pero no importa la forma en que se utilice la magia, magia sigue siendo magia y eso no me afecta.

-¿Qué mierda estás tratando de decir? – rabió nuevamente alejándose unos pasos pero sin desviar sus ojos - ¿Puedes romper los hechizos? ¿Qué fue lo que hiciste?

-Como muestra de confianza para que resolvamos esta situación te confesaré mi condición. – tragó saliva sin estar netamente seguro de revelarse de tal forma – Si yo lo decido la magia a mi alrededor deja de funcionar.

-¡Estás loco! Eso es imposible... ¡Tonterías! Ri-ziu...Keru-kye – la muchacha pronunció bajito las palabras pero con su voz normal, de

inmediato sopló el aire pero el resultado no fue el esperado quedando perpleja, atónita con sus manos temblando – Imposible... no puede ser que no funcione, esto está mal.

-No sé qué clase de hechizo será ese pero no miento cuando te digo que no podrás usar ningún tipo de magia – Ganzel sonaba calmo con la sensatez de un adulto en la neutralidad de sus palabras pero la mujer parecía no querer oírle cuando nuevamente intentó efectuar el mismo hechizo, soplando el aire sin resultados.

-¿Qué clase de monstruo eres...? ¡Imposible que un hombre sea semejante de tal cosa! – por alguna razón la mujer se entremezclaba de miedo y rabia en el chirrear de sus dientes.

-Soy tan humano como tú. –Ganzel tartamudeaba su discurso levemente, admitía que no tenía muy claro cómo llevar a cabo su negociación - Necesito dormir, comer y respirar. Simplemente tengo ésta condición... especial, créeme que tampoco es de mi agrado. Aun así sigo siendo un simple hombre que vaga por los caminos y por eso preciso de mis cosas.

-Zamasha quizás podamos darle algo... - la niña intervino con timidez apenas asomando su cabeza desde el árbol en que se escondía.

-No, Pyra. ¡Estas son nuestras cosas ahora! No podemos permitirlo. – frunciendo el ceño la muchacha de larga cabellera no dejaba de sonar molesta.

-No conozco su historia y quizás no me incumba conocerla pero soy sincero cuando digo que no me esperaba encontrar a una hechicera en éste bosque perdido en el sur. Hagamos algo, llévense las cosas pero déjenme al animal, es mi único amigo.

-Si ese bicho feo y oloroso es tu único compañero, das lástima... - increpó la morena sonriendo con malicia.

-Más lástima daría no tener ninguno. – respondió él.

-Tal vez podemos dejar al burro, Zamasha. Es malo. – Susurró la niña sin despegar los ojos del animal que torpemente buscaba darle otro bocado a sus radiantes cabellos.

-No. Te guste o no nos llevaremos todo, por mucho hemos pasado y es la única forma que tenemos de sobrevivir.

-¡Tu forma de pensar es demasiado drástica! ¡Podemos llegar a un acuerdo! La forma en que te expresas demuestra que eres una persona educada. Hablemos. – no importaba cuán amable o razonable quisiera

sonar, Ganzel se daba cuenta que no llegarían a nada, pero aplicar cualquier tipo de violencia no cabía en su pensar.

-¡No te hagas el listo! – la muchacha se lanzó hacia delante lista para darle un puñetazo. Ganzel del susto se echó para atrás con un grito quejoso, tropezó con algo escondido en el follaje que cubría el suelo. Cayó de espaldas y el fuerte golpe en su nuca le aturdió por completo, sus oídos zumbaban y lentamente sentía que todo se volvía oscuro, sentía como su conciencia le abandonaba lentamente.

-¡Ay!¿Está bien? ¿No deberíamos ayudarlo? ¡Está sangrando! – en sus últimos momentos de lucidez pudo escuchar la dulce voz de la niña y darle un vistazo final a su rostro inocente de brillosos ojos celestes que llenos de una conmovedora preocupación le contemplaban antes de su último parpadear.

-Cefrius...- susurró Ganzel intangiblemente en el descontrol de sus pensamientos sacudidos. En la oscuridad de su subconsciente se paraban frente a él el mago muerto y la hechicera de hermosa mirada, ambos observándole con curiosidad para en un pestañear finalmente desaparecer. Por más que luchase no quedaron resistencia, el profundo sueño se hizo dueño de él.

## Capítulo 3

### III

La travesía se había hecho mucho más larga de lo que sus pies estaban acostumbrados a caminar, pero aún así sumaron incontables pasos en un último esfuerzo a través de aquellos senderos despoblados. Pyra y la mula después de tantas horas de andar juntas hicieron las paces parcialmente, su trato fue sencillo, nada que unas cuantas caricias y mimos no pudieran comprar, aunque de todas maneras el animal cada tanto le gustaba insinuar un mordisco.

Zamasha estaba muy descontenta con su reciente requisita, aquel vagabundo no le había mentado para nada, sus pertenencias eran inútiles para su supervivencia, cargaba una excesiva cantidad de ropa maltrecha, utensilios varios, algunos para cocinar y otros que desconocía su utilidad, pañuelos, anotaciones y otro sinfín de basura que no se podían comer ni beber y dudaba siquiera que se pudiera vender. De todas maneras tras el altercado en el bosque los bienes conseguidos ocupaban el último lugar de sus preocupaciones, su mente palidecía ante cualquier otro pensamiento que no fuera aquel hombre, por más que repasara sus memorias una y otra vez no lograba concebir que lo ocurrido haya sido real, que existiera semejante cualidad como prohibirle hacer uso de sus poderes, no puede aceptar que algo tan peligroso existiera. Pero por otro lado no paraba de agradecer su suerte, si no se hubiera tratado de un flacucho cobarde quizás el destino de ambas hubiera sido muy distinto, mucho más trágico. No poder hacer uso de su única arma era demasiado peligroso y pensar en lo mal que pudieron haber terminado las cosas le daba escalofríos, Al final del día el único beneficio de sus molestias fue el animal, les ayudaba a cargar las cosas y cuando hacía falta se podía montar a la chavala para no perder ritmo y en ello encontraba pequeño reconforte pero no era suficiente.

-¿Queda mucho? – comentó la niña abrazada del lomo de la mula. Zamasha bufó con molestia. Por alguna razón cada vez que le oía se irritaba, era un enojo consciente del cual se percataba tanto ella como la niña. No solo desconocía las razones para tal impulso sino que a su vez le incomodaba que fuera así, en especial porque tampoco tenía verdaderas razones para reaccionar de ese modo. La niña era lista, sabía muchas cosas aunque no pudiera explicarlas o comprenderlas, y más que saber o entender, su percepción era aguda para cosas tales como los sentimientos. No sería la primera vez que al hablar con ella se sintiera un poco diezmada, desnuda de alma, una leve sospecha de que la niña podía divisar todas sus intenciones y aún así hacerse la tonta ¿pero cómo podía imaginar semejantes cosas? Al fin de cuentas era una niña, solo una simple niña huérfana, guapa e inteligente. Además se había convertido en una buena acompañante que entendía cómo funcionaban las cosas, sabía

que la noche estaba por caer y que pronto debían escoger un sitio para acampar, se quejaba muy poco para ser tan pequeña y hacía grandes esfuerzos para seguirle el paso. Nunca daba espacios a recriminaciones, aguantaba las lágrimas cuando la pena le apegaba y comía lo que se le sirviera sin chistar. Era su perfección a tan corta edad lo que le perturbaba interiormente, pero en el fondo tenía que reconocer que al mismo tiempo le agradaba.

-Hagámonos a un lado del camino y comencemos a juntar algo de leña

-¿Y por qué no mejor allí?- el camino ladeaba la colina de altos pastos pudiéndose ver desde la curva que se precipitaba hacia la llanura una vieja construcción. A lo lejos se encontraba un vieja fortaleza. A pesar de ser clara su figura en el diseño de sus muros, la construcción de blancos bloques estaba desmoronada por muchos de sus lados, aún en la lejanía se veían sus escombros y solo por meras deducciones se supondría que era un fortín sureño de tres torres aunque quedara poco de su forma original. La atalaya del círculo exterior estaba desguazada con muchas aperturas, la fosa incompleta y muchas de las casas que pululaban dentro del predio se encontraban destruidas o calcinadas. Sin duda se trataba de puesto militar abandonado, vencido y olvidado. Y como último decoro de un artista mañoso el cielo purpureante era el detalle final sobre aquel cuadro que apreciaban desde la altura, una pintura bella y cautivante, mágicamente tétrica.

-Sabes que no podemos quedarnos allí – Asintió Zamasha, aquel sitio le daba mala espina, además ambas conocían el riesgo de acampar en edificaciones abandonadas, nido de bandoleros desterrados o saqueadores errantes. La chiquilla suspiró decepcionada y no podía culparla por ello, Zam también moría de ganas de encontrar un techo firme sobre cuatro paredes por más heladas que fueran para descansar una noche plácidamente. Deseaba escapar tan solo por un momento de la intemperie salvaje, evadir el acecho de la noche en los campos desconocidos que tan corriente se les hacían. Anhelaba retomar los viejos hábitos de su vida pasada, revivir aquellas banalidades que hoy añora con todas sus ansias. El solo volver a tener la simple suerte de dormir sobre un colchón de paja o beber un té alrededor de la chimenea eran el mayor de sus deseos, incluso si tuvieran que estar acompañada de los peores demonios.

Automáticamente Pyra se hizo a un lado, se introdujo entre las matas para luego pasar una extensa pared de alisos. Era un sitio muy bonito floreado de verbenas de punta a punta, bellas a los ojos de la niña y suculentas a los ojos de la mula.

-Ven, Vivildi, ven ideja de comer! - Pyra con los pies clavados en la tierra cinchaba con exageración sin moverle un pelo al animal. La mula

se entretenía en el buffet de flores, iba de racimo en racimo, cada tanto cediendo algunos pasos.

Ya sonaban los últimos cantos de las aves previos a la caída del sol. El zumbido de los mosquitos en la árida maleza era un murmullo constante el cual no querían oír de cerca. Zamasha continuaba agradeciendo su suerte viendo que el cielo despejado no amenazaba con lluvias. Continuó caminando con suma cautela por el camino desfigurado apenas legible a los ojos, iba con detención tratando de conseguir los troncos justos para levantar la indispensable fogata. Anduvieron un cuarto de milla campo adentro sin decirse una palabra. Andaban juntas paso a paso, sintiéndose las respiraciones, sus latidos, y aún en esa cercanía les separaba un abismo ilustrado en dos rostros diferentes, uno pensativo y otro sonriente. Encontraron una planicie libre de arbustos y de césped bajo entre varios árboles desparramados. Pyra aún con una energía fuera de lugar se puso a armar la hoguera posterior a atar al animal. Postró el círculo de piedras entre alegres tarareos y jugando con la madera levantó la pirámide con mucha delicadeza.. Zam le seguía con la mirada siendo su silencio su única aprobación.

-Apártate un poco- la muchacha morena una vez visto que la hoguera estaba pronta se acercó con pasos contados. Pyra se retiró imperceptiblemente con gesto de ilusión, arrugándose la ropa con impaciencia.

-Ri-Ke-Ru – el susurro era siempre metálico, agónico para los más pesimistas. Zamasha se dobló de piernas y sopló con suavidad. De su boca surgió una débil llama pero con la suficientemente fuerza para darle vida a aquella hoguera al cabo de varios pestañeos. Pronto la pirámide comenzó a saludar con sus flamas y el calorcito entre tonos rojizos y naranjas se esparcieron por el campamento. Pyra sonreía, lo hacía cada vez que la veía invocar el hechizo, ya lo había visto varias veces pero no importaba, sus ojos siempre observaban maravillados.

-¿Cuándo me enseñarás? – dijo con un bostezo que no pudo retener.

-Algún día – Zam intentaba sonar simpática pero sus cejas le delataban, no había escape a esa transparencia. La niña sabía que ese “algún día” era un “no” rotundo, a Zamasha le gustaría poder disimularlo mejor, tratar de no desmotivar sus ilusiones, pero su rostro era algo que no podía dominar, demasiado sincero en su naturalidad, y a pesar de ser tan evidente que jamás cumpliría ese “algún día”, la niña continuaba haciendo la misma pregunta cada vez que veía el fuego brillar, siempre con los mismos ojos maravillados.

Zam por fin pudo sentarse sobre el césped desganado todavía húmedo por el rocío. Nunca pensó que aplastar el culo sobre la tierra

llegaría a ser tan grato placer. Sus piernas le aullaban, sus rodillas se sacudían y las ampollas de los pies lloraban de alegría al salir a respirar. Era mucho el cansancio en sus músculos e insoportable el dolor de los ligamentos que no paraban de tensar, pero aún pasando por ese calvario, el placer de reposar era tan mayor que sus piernas parecían desvanecerse y con ellas su dolor. Gozaba el desplomarse sobre el suelo con ojos cerrados como si degustara de los más sabrosos platos, respiraba calmada como si oliera las más hermosas rosas, y su mente se despejaba por completo como si despegara de su cuerpo y por un momento se olvidara de sí misma. Giró la mirada y en un solo pestañear la niña ya había caído en un sueño profundo mientras que la fogata rugía y se consumía lentamente. No quedaban tareas por realizar, desde esa tranquilidad solo quedaba esperar el fin del día que lo marcarían el cerrar de sus párpados. La mula con la paciencia propia de la especie pastaba de un lado a otro, Zamasha envidiaba la tonta despreocupación de aquel animal que compartía su mismo espacio, sus mismas circunstancias, pero para él era todo mucho más sencillo. De tanto verlo masticar le recordó que poco antes consumieron sus últimas provisiones, unos trozos de carne reseca que consiguieron de unos soldados, una cena rancia suficiente para saciar las quejas del estómago.

Le cautivaba el dulce rostro de la pequeña que dormía con profunda paz, un rostro alegre que no se doblegaba ante la adversidad. Quizás ese desconocimiento ante la magnitud de sus realidades era el salvavidas de su voluntad. Era muy pequeña para haber experimentado tiempos peores pero tampoco podría justificarlo. Zamasha no conocía la historia de la niña en su totalidad, solo pequeños trazos suficientes para saber que ha sufrido mucho, pero aún así, desgraciadamente el mundo cruel en el que vivían podría hacerla sufrir mucho más. De todas formas mirarla le hacía recapacitar en muchísimas cosas, en recontar muchos de los momentos que han pasado juntas en tan poco tiempo, desde los más pequeños como es el despertar viendo sus ojos celestes y escuchar su dulce "buen día", o las noches de duras tormentas donde los truenos las unieron en abrazos, o inclusive en aquellas ocasiones donde fueron mutuas testigas de sus lágrimas. Zam recuerda y atesora cada uno de esos momentos pero a su vez ha maldecido por cada uno. Maldice al destino que les unió y a las casualidades de sus caminos que ahora empujan juntas. Un camino alegórico, relleno de motivos que aún no han tenido el atrevimiento de revelarse y parecieran nunca hacerlo. Maldice por la carga que supone en su viaje, la responsabilidad sobre aquella niña que ahora es su todo, que por arte de magia se convirtió de una desconocida a su única familia, el grillete final a la pérdida de su independencia, de su soledad. Los miles de miedos se dispersaron para transformarse en uno solo, en un miedo único e imbatible ¿realmente puede ayudarla? Zamasha cargaba una larga lista de penas y dolores, de ignorancias y falsas creencias, un camino sin retorno, per aquella alma que estaba ligada en sus pasos era aún pura, tenía mucho por ver y crecer y eso es lo que tanto le atemoriza; cargar el futuro de la niña

cuando ella ya ha perdido el suyo. Zamasha odiaba haber aceptado aquel contrato sin segundas opciones que hoy solo despertaba el mayor de sus miedos: el miedo de fallar a la hora de cumplirlo. No estaba preparada, no sabía qué hacer, pero también sabía que nunca nadie se prepara para tales cosas, simplemente suceden ¿cómo podría rendirse? ¿Cómo podría rendirse cuando aquella niña de cabellos de fuego se fortalecía día tras día? La quería mucho, era cierto, pero a su vez la odiaba por todo lo que implicaba, por cómo le hacía sentirse, perdida en un mundo que no cambiaba para mejor. Envidiaba su sonrisa la cual no podía imitar, despreciaba la incitación de los anhelos a volver a dormir en armonía. Desearía no haberla conocido así como desearía encontrar una salida que las separasen. ¿Aquella niña era su castigo o su bendición? No podía responderse, esa no era la pregunta importante, pero al mirarla dormir en paz su malhumor se disipaba y con ello no podía formularse la pregunta correcta.

Continuaba la noche resonando con los violines de los grillos y la leve respiración de sus narices. El cosmos de sus reflexiones a las cuales ya no prestaba atención parecían dibujarse en las tenues flamas de la hoguera. Su mirada se suspendía en la penumbra del campo con el tintinear de las estrellas, estaba cansada de tanto pensar, ahora solo buscaba obviar el mañana, ignorar qué tan desorientadas estaban en aquellas tierras desconocidas para así por lo menos vencer un poco a la inseguridad. Los párpados poco a poco se despidieron del fuego, la mula hacía rato que se desvaneció en el suelo y la niña roncaba suavemente muy a gusto junto a las brasas.

Zamasha cedió ante el sueño, se sumió todo en oscuridad y pronto esa oscuridad se convirtió en un cielo estrellado muy parecido al que estaba encima del campamento. Se veía a ella misma viajando a una velocidad de vértigo por el vacío, repleto de lunares luminosos sin poder alcanzar ninguno. Sentía la brisa rebotar en sus pómulos, cómo sus dedos rozaban las estrellas del tamaño de sus palmas que siempre terminaban escapando. Volaba de arriba a abajo, de derecha a izquierda, pero era incapaz de cazar ninguno de sus deseos. Todo se detuvo de repente y en sincronía los puntitos destellaron con una fogosidad cegadora para luego uno a uno irse fumigando, dejando el vacío en la nada.

-Bienvenida – dijo una voz inhumana entre susurros metálicos. Un foco luminoso sin procedencia visible se alzó sobre ella, la iluminaba en la inmutable oscuridad. Su cuerpo desnudo se paraba derecho, un cuerpo víctima de la mala alimentación, de tez pálida como un fantasma, de fibras marcadas sobre su pecho de pequeños senos, de huesos que asomaban sus siluetas por debajo de la piel, un cuerpo que había perdido hace mucho tiempo toda su belleza pero que recordaba lo que fue tenerla. Se abrieron en un espasmo un par de ojos felinos. Le miraban sin parpadear de lo alto como un cazador a su presa. Enseguida con gran agilidad se empezaron a mover en la oscuridad, navegaban sobre el

contorno al límite de la luz que le rodeaba. No paraban de transformarse de color y de tamaño, grandes, pequeños, violetas, rojos y verdes, nunca iguales y siempre girando en espiral.

La muchacha asombrada y temerosa intentaba seguirle la mirada aunque le fuera imposible, se movían con demasiada velocidad, tan rápido como hacía un momento ella se encontraba volando. Quiso reaccionar de alguna forma pero su cuerpo se le hizo impropio y no respondía a sus acciones. Pronto el sudor empezó a chorrearle como una catarata sin fin y las gotas se precipitaban por debajo del intangible suelo que pisaba, cayendo al vacío como una lluvia de verano. Los ojos se detuvieron y enfrentaron sus miradas, frente a frente, desde la luz a la oscuridad. Una figura comenzó a dibujarse alrededor de los ojos felinos, una silueta trazada por un lienzo blanco, la forma de un hombre sin boca.

-Hoy... no... hay... tiempo... - aquel que se escondía en la oscuridad estiró su mano dentro de la luminosidad del foco, su brazo negro era extremadamente largo y sus dedos puntiagudos parecían hacerse cada vez más grandes. Zamasha temblorosa quiso retroceder, pero la lucha estremecedora con sus piernas no le llevaban a ninguna parte. No podía emitir palabras y su pulso se había extinguido por completo. El dedo continuó su rumbo y una brisa helada se acercaba con él. Tocó su nariz y pudo sentir como se le congelaba el sudor, la piel se le llenaba de escarcha que se resquebrajaba con el temblar de su cuerpo. Aquellos pétreos ojos felinos se clavaron en su mente, la última imagen antes de que todo se desvaneciera. No había foco, ni ojos ni manos ni silueta, estaba sola en la oscuridad y ahora brillaba con luz propia allí a donde miraba.

-Adiós... - su cuerpo comenzó a caer. Su peso muerto se volcaba sin resistencia en la caída libre sin fin. Las gotas de sudor se le desprendían y sus cabellos se revoloteaban alocados. Sentía la brisa rasparle cada vez más su piel sensible como si le lanzaran agujas de enhebrar. Pronto vio suelo firme e iba directo a estrellarse, pero nada pasaba, seguía cayendo sin acercarse a las rocas puntiagudas al fondo repletas de esqueletos. Miró a su alrededor desesperada con la imperiosa necesidad de aferrarse a lo que sea, de encontrar algo que la rescatase, pero no había nada, solo negrura. Desde la misma surgieron centenares de cuerpos todos en la lontananza de aquel vacío formando una platea de personas que nunca había visto, que no conocía ni deseaba conocer. Todas ellas le rodeaban desnudas y demacradas con sus cuerpos machucados y sucios. Todos punzando sus diversas miradas fijamente en Zamasha, miradas de odio, de felicidad, aviesos y lastimeros, pero de todos ellos los que más le crispaban los nervios era un grupo particularmente pequeño que le miraba con disgusto, miradas de decepción.

Algunas almas bondadosas le tendían la mano a medio estrechar con tanto temor que amagaban retirarla, pero Zamasha no podía alcanzar ninguna aunque aleteara desesperada. Ella seguía cayendo dejando atrás a los cuerpos que se perdían en la oscuridad, decenas, centenares de ellos como una galería sin fondo, más y más continuaban apareciendo desde la oscuridad para salir a observarle. Desde el silencio, donde el único zumbido era el azotar del viento contra sus oídos, paulatinamente todos los presentes comenzaron a reírse con locura. La señalaban con frenesí y desazón, le apuntaban con sus dedos descarnados sin poder controlar sus flujos, sudando, chorreando baba, incluso mojando sus entrepiernas, reían a carcajadas sin apartar sus miradas burlonas. El ruido de las mil risas le martilleaba las sienes, era un coro desquiciado que le afligía el corazón de tal forma que sentía que lo escupiría en cualquier momento. Quería evitar verles pero sus ojos no se cerraban, entre la multitud vio un rostro familiar, un rostro que su nombre no se dejaba pronunciar y se ocultaba detrás de todos ellos, un rostro triste y con lágrimas rojas que corrían por sus mejillas pecosas. No pudo reconocerlo ni gritarle, no hubo tiempo, sintió el grosor de la roca y su cuerpo haciéndose puré. Despertó.

Se levantó alterada sin poder ordenar su respiración ni sus pensamientos. Se refregó el rostro con ansiedad para removerse los cabellos. El baño de sudor era real. Miró a su alrededor con desesperación, los malos presentimientos que le carcomían los nervios se hicieron mucho más intensos. La hoguera había muerto hacía mucho y sus brasas apenas ardían en espasmos, la mula estaba también inquieta revolviéndose en su atadura y Pyra había desaparecido.

-¡Pyra! – sus ojos buscaban desesperadamente algún rastro, pero no se veía otra cosa que no fuera oscuridad.- ¡Pyraaaa! – el silencio le estremecía con demasía, la noche quién era el único testigo se rehusaba a responder a sus súplicas, de ayudarle aunque fuese con una brisa. Sus ojos lentamente se acostumbraron a la noche nuevamente sin perder tiempo para escudriñar el campamento. Rumbo al norte la maleza estaba destrozada, algo había llegado desde esa dirección y dada la situación no quedaban muchas más opciones.

Sin pensárselo dos veces Zamasha comenzó a correr sobre las matas rasgadas y pisoteadas. Era un sendero casi recto de naturaleza destruida, algo monstruoso se había abierto paso por la espesura del monte sin impedimentos. Corría lo más rápido que podía, las ramas quebradas le arañaban el cuerpo y en más de una ocasión tropezó con estruendo. No prestaba atención a lo que se aproximaba, estaba nublada, algo se había llevado a la niña y le atormentaba por completo la idea de que algo le sucediera, de que ya fuera demasiado tarde.

El camino por más destrozado que estuviera se hacía cada vez más intransitable. Había perdido la cuenta de los metros recorridos, podría ser solo media milla pero sus pies sentían que habían transitado mil millas

selváticas. Continuó sin prestar atención al cansancio de sus piernas y al ahogo de sus pulmones, sin darle importancia a su túnica hecha jirones ni a las veces que volcaba y rodaba sobre la inclinada colina. El monte poco a poco se convirtió en descampado, Zamasha seguía el muy claro rastro con su mirada roja, un rostro cubierto de sangre, espinado y embarrado.

El cielo despejado cooperaba levemente con alumbrar de plateado el segmento final de su persecución a ciegas. Frente a Zam se erguía el castillo que vio en la tarde y esa misma ironía le hacía chirriar los dientes. Un doble miedo le sucumbía en sus debates internos. ¿Qué sería peor? ¿Haberse equivocado de camino todo éste tiempo o desconocer ante qué aberración se estaría a punto de enfrentar? Siguió corriendo con sus últimos alientos, ni siquiera se molestó en revisar las casas que rodeaban el lugar, el silencio era total, aquel sitio desolado no acostumbraba a recibir visitas. Trotaba sin dejar de voltear su vista de un lado a otro, solo había escombros, ni ruidos ni pestilencias, era un pueblo fantasma que señalaba lo que su intuición marcaba; si había alguien, estaba en la fortaleza.

Continuaba sin vacilaciones con un objetivo fijo, no obstante, mientras más era la cercanía hacia los altos muros partidos más intenso era el alarme de su temor. Su piel se erizaba en un completo cosquilleo que le gritaba que huyera, sus piernas temblaban por sí solas tratando de oponerse a dar otro paso, la garganta se le reseca en busca de un grito de auxilio y el temple de su mente cedía ante la apoderación de los nervios. Aquel lugar era aterrador, no porque hubiera indicios que atemorizaran sino todo lo contrario, era la ausencia de ellos lo que preocupaba. El tiempo era el único soberano en la inmensa construcción incompleta. El correr de los años ha querido redecorar a su gusto el paisaje carcomiendo los muros de musgos, sepultando los escombros bajo tierra, alentando a la maleza a sobreponerse sobre las baldosas, el tiempo era el único invitado dentro de los muros prescindiendo de todo signo de vida, intentando desterrar el pasado de su nuevo dominio.

El eco de sus botas resonaba en los pasillos descascarados que se polarizaban entre largos tramos de oscuridad y otros de luz lunar. Nada quedaba como recuerdo de la vieja gloria de la fortaleza, sus pasillos se desprendían hacia el interior de las lúgubres recamaras bajo la sombra de la noche, un decenar de bifurcaciones que podrían ir a cualquier sitio, pero Zamasha solo seguía su instinto, el único guía que no cedía ante sus miedos, su más confiable compañero en aquel momento de locura.

-Mieeee beeebé... meee queeriaaaa beeeebé... - la voz se hacía más tangible con cada paso convirtiéndose ahora en pasos cuidadosos a medida que el corredor principal se acababa – Retooooonio deeee meee otonnno, me beeeebé... meeee queerio beeeebé... - la voz era hueca y pesada, como la de una persona que había perdido todas sus facultades del habla y con mucho esfuerzo intentaba expresarse sin poder no sonar

bruto.

Un amplio salón se divisaba con claridad al final del pasillo, éste no poseía ningún techo y parte de su estructura fue afectada gravemente con el volcar de una de las grandes torres hacia el centro del mismo. El cuadrilátero era alumbrado por la luna haciendo relucir suaves reflejos sobre las rocas blancas que eran el único adorno esparcido por el lugar.

Zamasha ya no poseía ninguna cualidad de imaginar que le esperaba, su mente turbulenta no tenía cabida a generar nuevos pensamientos pero sin duda su cuerpo al llegar a la meta no estaba preparado para lo que allí le esperaba. Poco le faltó para echarse atrás del terror si no fuese por el muro que le contenía la espalda. Su sangre ardorosa le hacía gemir con pánico y no lograba conjugar ninguna idea que no fuera el escapar pavorosamente.

Allí en el salón había un ser sombrío parecido a una mujer excepto que éste ya había perdido toda su humanidad. Era gigantesca de tal modo que mecía con un brazo a Pyra sin molestias. Sus extremidades eran desproporcionadamente largas, su piel ya no era piel sino carne al rojo vivo, escamas putrefactas y jirones de tejidos apunto de desprenderse. Poseía uñas filosas como garras, dientes grandes como colmillos, su rostro atontado era ausentado por todo rasgo de razón o conciencia, su expresión era frívola e inocente. La baba le colgaba a causa de su mandíbula salida de lugar y desde su calva cabeza se descosían hilos plateados que eran los últimos cabellos que tendría jamás. Zam se encontraba perpleja ante la cosa más horrorosa que ha visto en su vida. Su hedor era imposible de soportar, el revoltijo de carne podrida, heces y orina le bullían el estómago como una paliza de media docena de puñetazos. Sintió los ácidos aventurarse por su garganta que a duras penas con un par de arcadas pudo retener su escasa cena. Escupió al suelo asqueada sin alejar la vista del salón ya sin apéndices de razón, solo actuaba dependiendo de sus mecanismos de supervivencia.

La inhumana criatura se percató tardíamente de su visitante abalanzándose sin bienvenidas ni saludos, solo con el apabullante grito de grave tono que apenas podía sostener. Zamasha por simple reflejo saltó en el momento justo al centro del salón rodando entre las piedras sueltas. El monstruo chocó de lleno contra el marco de la puerta amoliendolo en una lluvia de polvillo. Gruñía quejosamente sin cerrar nunca la boca. Pyra aún inconsciente se resbaló de los fibrosos brazos quedando a un lado sobre los escombros, durmiendo profundamente de manera inexplicable, víctima de algún tipo de encantamiento. La criatura embistió de nuevo contra Zamasha que aún seguía en el suelo, el monstruo a pesar de correr con pasos toscos iba muy rápido en el trombón de sus fuertes pisadas. Agitó su largo brazo sin elegancia para asestar un golpe directo ante la

indefensa muchacha de larga cabellera negra.

-Euk-Nem-Mym - el susurro se pronunció como una metralleta. La criatura agitó un largo golpe desde lo alto dejando caer todo el peso de su flaco brazo. El puño impactó con fuerte estruendo ante el escudo mágico que se difundía alrededor de Zamasha entre transparencias doradas. El choque de masas provocó una explosión sorda, invisible, su onda expansiva replegó por todo el lugar hasta sus más lejanos rincones un montón de piedrillas. La mujer retrocedió por la inercia del zarpazo ahora de dedos fracturados y uñas rotas, pero Zam había volado demasiado lejos, la explosión la sacudió al igual que las piedrecillas y entre revolcones quedó acostada del otro lado de la sala. La mujer volvió a aullar, ahora con más agudez, acoplando con una fuerza sobrecogedora cualquier oído a media milla a la redonda. En ese instante se lanzó nuevamente a la carrera más furiosa que antes.

-Ri-Keru-kye- recomponiéndose tan rápido como pudo, Zamasha desde su aliento invocó una poderosa llamarada que rigurosamente le hacía sentir todo el ardor en su rostro. La aberración se cubrió el cuerpo entre gritos de desesperación y dolor. Las flamas se sostuvieron por varios segundos dejando inmóvil al gigante y con el incendio de su cuerpo se levantó un espeso humo negro junto al repugnante hedor de carne calcinada en todo el salón. Zamasha inmersa en la espesura que le sofocaba no pudo mantener el hechizo por más tiempo, su corazón se estremecía con la esperanza expectante de poder asumir su victoria pero sus ilusiones fueron aplastadas por otro furioso aullido. La bestia continuaba consciente y de pie lanzando manotazos con ira como si atacara enemigos imaginarios, repeliendo la bruma mortecina. El monstruo cada vez rabiaba con más fuerza pero la lucha le pasaba evidente factura en su cuerpo el cual se retorció de dolor. Con dificultades pudo ponerse en marcha sin dejar de hacer caza de la invasora aunque ya no con la misma destreza que antes. Zamasha con pánico en el rostro escapó al pasillo más cercano sin mirar atrás. Estaba exhausta, necesitaba un respiro antes de invocar otro hechizo, podía sentir como sus venas le quemaban y su corazón estallaría si continuaba a ese ritmo.

Llegó a mitad del corredor destechado siendo alumbrada directamente por la luna creciente. La mujer monstruo embistió el arco de la entrada esparciendo con brusquedad los bloques macizos por el lugar y haciéndose camino hacia su presa. Zam apenas podía correr, no sentía las piernas y la rodilla derecha estaba a punto de reventar. Las lágrimas que se le escapaban arrastraban la suciedad por su rostro hasta llegar a la comisura de sus labios que aguantaban los llantos. Las pisadas se hacían cada vez más próximas, la putrefacción del cuerpo del monstruo le acosaba cada vez con más intensidad y el pasillo parecía nunca terminarse.

La muchacha corría tan rápido como podía pero no tenía otro remedio que encontrar otra salida, ya veía la sombra del monstruo dibujarse por encima de ella como atisbo de su muerte. Giró a un costado y saltó sin titubeos por la aspillera más cercana, ancha y roída. Cayó por un tejado inclinado que daba a la depresión de la colina, al lado bajo de la fortaleza. Rodó hasta desprenderse de las tejas de madera que le acompañaron en su curso para caer libre hasta el súbito suelo en un patio inferior. La bestia no se aventuró a seguirle, por unos instantes desde lo alto le observaba con malicia sin parar de rugir. Zamasha con la pesadez de su cuerpo apenas inflaba su pecho. Boca arriba volvía a suplicarle a la luna y las estrellas por un poco de fuerzas para ponerse nuevamente en pie. Pyra recobró vida en la poca lucidez de su cabeza, tenía que levantarse e ir por ella ¿pero cómo? No había forma que pudiera salvar, lo más razonable era huir, escapar de allí y continuar viviendo. Cerró los ojos con fuerza en un vano intento de sostener sus lágrimas. que brotaban a borbotones, se sentía miserable, transida e impotente por no lograr salvar a la niña a pesar de todos sus esfuerzos. Oyó otro aullido en la lejanía, en el interior de la fortaleza, con él no pudo evitar imaginar el cuerpo de la niña, puro e inocente, sus ojos bellos y angelicales y con esa imagen no pudo evitar tampoco imaginarla siendo devorada sin piedad por la bestia.

Volvió a levantarse con las últimas de sus energías, no había músculo en su cuerpo que no temblara de dolor, y los que no lo hacían por dolor temblaban por el miedo instalado en su alma. Avanzó en vilo casi sin ver el camino que seguía, sus párpados a medio cerrar difuminaban todo aquello que se encontraba en frente. Entró directamente en la oscuridad del piso inferior de la fortaleza -"Nui-zen...-ars-pastiu"- la áspera voz metálica hizo eco en la sala vacía, y con él, un pequeño puntito blanco se elevó dando brillo a todo el lugar. Estaba en un comedor repleto de cadáveres, o más bien lo que alguna vez fue de ellos, ahora solo esqueletos esparcidos por el suelo. Camino entre los muertos casi sin percatarse de su presencia al roz de sus pies. Siguió arrastrando sus pasos hacia las profundidades usando como único guía los aullidos de dolor de la bestia. Andaba como sonámbulo por los pasillos y salones, empujada por su voluntad, por amor, por la niña. Siguió el rastro de gritos llegando finalmente a la torre más alejada donde la capilla del fuerte se escondía bajo el suave alumbrado de la claraboya. El monstruo había puesto a Pyra en el centro del cuarto circular sobre el altar de plegarias, la niña dormía plácidamente recostada en la piedra con una sonrisa en el rostro tan cautivadora que hasta la bestia la contemplaba sin detenciones.

-¡No la toques! ¡Monstruo de mierda! - verle acariciar con sus repugnantes uñas los radiantes cabellos de la pequeña despertó en Zamasha una rabia sin igual que le agitaba el pecho y le hacía castañear los dientes. Sin pensárselo dos veces le arrojó la lanza que había recogido junto a un escudo pequeño en su camino hasta torre mayor. La inhumana mujer se volteó ante la sorpresa y la punta oxidada se hundió en su busto

descarnado. Respondió con otro aullido de dolor sin ser impedimento el volver a cargar contra Zam. La bestia con su brazo sano le lanzó a la carrera un casco abollado que dio de lleno contra el escudo de la muchacha. Intentó sostener el golpe con todas sus fuerzas pero el impacto era demasiado para sus brazos flácidos, cayó de espaldas chistando con enojo ya sin ni siquiera resistirse a padecer. Con otro esfuerzo apenas pudo levantar medio cuerpo solo para encontrarse con el monstruo frente a ella a medio paso de distancia. Miró el rostro de su asesino, le miró sus ojos salvajes y desorbitados de odio, se maldijo un millón de veces por su estupidez, por la insensatez de sus actos ¿por qué volvió a hacerle frente? ¿por qué avanzó directo a su muerte? Se odiaba por ser tan idiota, odiaba a la niña por quererle tanto que era capaz de arrastrarse a su propia muerte por ella. Sus ojos volvieron a llorar aceptando su final, pero más lloraba por la niña y el futuro que le deparaba sin poder cambiarlo.

-Knö Ri-setz... - quiso invocar un nuevo hechizo en vano, no tenía energías en absoluto para lograrlo. La mujer monstruo con su mano la tomó por la cintura revolviéndola en el aire, no le prestó atención a sus llantos y gritos, simplemente de un bocado le arrancó las piernas de cuajo. Los huesos crujieron en sus dientes, los mascó un segundo riendo con malicia y los escupió con disgusto salpicando sangre por doquier. La muchacha estaba en shock, su cuerpo no reaccionaba al dolor, no sentía nada más que el latir de su corazón, sus sentidos se habían apagado, sus ojos veían todo entre manchas oscuras y rojas, sus fuerzas se le escapaban, la vida le abandonaba ¿Y Pyra? ¿Qué será de Pyra? pensó otra vez en ella... las lágrimas siquiera caían ahora por sus mejillas, pero lloraba, su corazón lloraba mucho.

-iYhep-Zem-khe!- el grito fue tan aturdidor como los aullidos del monstruo que aún le sostenía en el aire. Zamasha ya sin brío lanzó un puñetazo a la cara enfermiza de aquella mujer y como un martillo dibujado por una onda invisible le hizo sentir el impacto. El golpe sísmico que había invocado sonó hueco, abolió el rostro de la bestia de tal modo que le quitó toda su imagen dejándola aún más irreconocible, reduciendo su mejilla a añicos. La monstruosidad con el rostro abollado como el metal cayó de costado ya inerte. Su pesadilla en aquella noche que tanto le torturó ahora estaba muerta en un solo suspiro. La muchacha y el monstruo se reencontraban las miradas en el suelo, uno en silencio y la otra llorando desconsolada en los compases finales de su existencia. Una parte de su ser rabiaba mientras la figura de la criatura sería lo último que vería en éste mundo, rabiaba por las ironías de la vida en cómo se burlaban de ella, al fin había conseguido su primera victoria en una pelea y a su vez también la única que jamás llegaría a tener. Sus párpados cansados poco a poco fueron envolviendo todo en oscuridad sin darle espacio a más lamentos, a más reflexiones ni llantos, pero lo peor de todo

es que partiría de éste mundo sin siquiera poder despedirse.

Sin poder decir.... Adiós Pyra.

## Capítulo 4

### IV

El sol brillaba solitario en el cielo despejado aun soltando los últimos calores del otoño. Ganzel de a ratos miraba cautivado con una sonrisa incompleta a la niña que alegremente entre cantos de cuna cepillaba a Vivildi. Viendo que no hacía falta ir a separar los dientes del animal de la melena pelirroja retomó su interminable baño.

Estaba metido en un amplio bebedero de ganado en el centro de una pradera ondulada por pequeñas colinas. Desde su llegada allí no han visto beber ningún animal. Solo les han recibido algunos patos pasajeros que gozaban de chapucear un rato y tan pronto llegaban volvían a partir en su vuelo.

Era gracioso de ver a la jovencita y la mula juntos, pero de todas formas prefería que no estuvieran allí, así podría por lo menos lavar sus partes más íntimas y no tener que mantenerse pudoroso exponiendo solo su torso desnudo, un cuerpo sin físico pero de buena complexión, chistoso de ver por la camisa de palidez que se le marcaba en la piel.

-Señor... - en la distracción la niña se acercó con timidez y cabizbaja. Sostenía el cepillo contra el pecho de su camión blanco que le llegaba hasta los tobillos.

-Dime, Pyra – respondió Ganzel amablemente mientras fregaba una camisa oscura, que pronto colgaría con el resto en una cuerda que improvisaron junto al estanque, idea de la niña.

-¿Está bien que estemos aquí? ¿No deberíamos volver ya?

-Ven, acércate, sin miedo – la muchacha mojó sus pequeños pies en la orilla – Sé que estás preocupada, pero saldrá todo bien. Éste es nuestro momento para descansar – el hombre rubio le sonreía con sus dientes parejos mientras le revolvía el cabello. La niña sonrió con vergüenza apretando sus finos labios.

-Cantas muy bonito ¿Sabías? Ojalá yo pudiera cantar así ¿Qué canción es?

-No recuerdo. Me la enseñó Zamasha. Ella sí que canta muy lindo... - en ese destello los ojos de la niña se tornaron tristes, perdidos en el agua.

-Hey... - Ganzel se acercó un poco más y le tomó de las manos  
-Todo estará bien. Éste es nuestro momento para descansar, para

disfrutar, para que estemos bien.

Se miraron a los ojos con seriedad, analizándose mutuamente. La niña le inspiraba mucha ternura y le apenaba que tuviera que pasar por todo aquello. Era un alma buena por naturaleza, servicial y alegre, el tipo de persona que merece todo menos sufrir. La chiquilla era astuta e inteligente sin contar que sería una bella mujer. Si su vida hubiese tomado otro rumbo quién sabe lo lejos que hubiese llegado. La fogosidad que escondían esos cristalinos ojos celestes poseían el potencial de lograr lo que sea.

-¡El último en llegar al árbol pierde! – Ganzel risueño tomó a la muchacha de la cintura lanzandola al agua sin vacilaciones. Era menuda y le llegaba por debajo de las axilas, pero pesaba bastante para sus brazos sin músculos.

-¡Tramposo! – Pyra sin dejar de reír se puso de pie y dio marcha a la carrera por la orilla entre salpicaduras.

Vivildi les observaba con la boca llena de hierbas, mascando con paciencia y disfrutando del espectáculo de los corredores colina arriba. Bufó anímicamente, claramente alentando a la chiquilla.

-¡Te gané! – Pyra brincaba como un conejo inquieto sin nunca apagar su sonrisa excepto para burlarse con la lengua de su pésimo contrincante.

-Eres muy rápida... no es justo... además tropecé... - Ganzel actuaba terrible, fue más que obvio que se tiró al suelo pero a la niña no parecía importarle, quizás ni siquiera lo había notado, era esa inocencia refrescante que aún se contenía en ella lo que le hacía brillar con tanta pureza, algo tan poco común en un mundo que no conocía diferencias entre niños o adultos, solo entre necesidades e intereses y la única salvación a tener una infancia escapatoria al trabajo forzoso eran los milagros o una cuna privilegiada. Era por eso que en las reflexiones fugaces resolvía que cualquier cosa valía la pena con tal de verle tan alegre en un mundo que poca felicidad le quedaba por momentos. Le regocijaba interiormente ser cómplice de su felicidad aunque sea por un segundo, un verdadero regalo del cual no se creía merecedor en su vida solitaria pero que gustosamente acepta sin quejas.

-Ven – le dijo Ganzel ocultando algo en su mano – Todo ganador merece su premio ¿Verdad? Toma.

Pyra boquiabierta en una mueca graciosa recogió con ambas manos el anillo grueso de la palma del hombre sin poder contener su sorpresa. Le faltaba mucho lustre para relucir la plata, pero no interesaba su material, la niña no podría apreciarlo fuera de cobre o de oro. Lo bello

del anillo era el tallado en diminuto detalle que dibujaba un gato cazando un ratón separados por una piedrecilla de diamantina roja.

No dijo palabra alguna, se llenó los pulmones y exhaló emocionada con una sonrisa de oreja a oreja. Enseguida se echó a correr hacia una casucha de varillas y cañas con techo de paja cercana al viejo sauce. Ganzel le siguió sin poder disimular su felicidad pintada en la inclinación de sus labios.

A paso lento llegó al puesto de los cuidadores, abandonado hace mucho pero que se mantenía a flote a pesar de algunos daños menores. Pyra de rodillas no paraba de parlotear con su fina voz, tratando de compartir su premio con Zamasha, pero la otra muchacha no reaccionaba. Llevaba días así, no hablaba, no se movía, apenas daba signos de vida. Su mirada quedó paralizada en un punto fijo. No reaccionaba ante ningún estímulo, simplemente yacía en el suelo tapada por una manta, un bulto con rostro que respiraba por simple inercia, una flor marchita de largos cabellos azabache.

Pyra desistió de sus intentos de entusiasmar a su amiga. Ganzel notó la pena nuevamente en sus ojos por un instante, pero la niña apenas giró a mirarle ya estaba sonriendo nuevamente.

-¡Pero no me entra en ningún dedo! – dijo ofuscada. El anillo le bailoteaba en el dedo angular y también cuando lo pasó al índice. Ganzel rió con suavidad y le tomó la mano. Llevó con suspenso el anillo de un lado a otro, paseando por cada dedo, jugando con el entusiasmo en el aire para finalmente encajarlo con delicadeza en el dedo gordo. Quedó casi justo, apenas se tambaleaba pero era suficiente para que no se perdiera. - ¡Ah! ¡Ahí sí! ¡Gracias ¡Estás desnudo y hace frío! ¡Iré por tu túnica!

Sin preámbulos la niña aún empapada se lanzó colina abajo en dirección al bebedor sin apartar sus ojos de su nuevo accesorio. Ganzel la quiso despedir con una sonrisa pero por alguna razón ya no le quedaban fuerzas. Su persona se torció hacia la muchacha de voz cantora bajo el techo, que desde que la ha vuelto a ver no ha podido oír. No era tristeza ni lástima lo que le invadía cuando la observaba allí inerte, sino una fuerte impotencia de no poder ayudarla. El simple hecho de que fuera tan importante para la niña le inspiraba el querer poner lo mejor de él para traerla de vuelta, pero no era capaz, aquella muchacha de bellos ojos y largas cejas llevaba días sin dar señales y para mayor temor, las esperanzas de que cambiase se extinguían con cada nuevo sol. Se lamentaba de no haber llegado a tiempo,, de no haberles advertido de lo que él fue advertido en la ciudad.

“Saliendo del bosque de robles no toméis el camino al norte, nunca al norte, porque ese sendero solo te acercará al fortín fantasma, a la guarida de la madre maldita. Muchos han querido matarle pero ya tan

en vano han sido los esfuerzos de modo que han escogido dejarla en paz, olvidar que ese sitio existió, sepultarlo en las memorias de la gente. Nunca al norte, y si lleváis renacuajos con vosotros, ni siquiera pasar cerca de esos senderos vacíos, porque la madre maldita irá hasta sus campamentos y los raptará, los raptará para luego comerlos.”

Ganzel también se lamentaba por lo errado que estaba. Al final por más absurdo que le parecía o sonara aquel viejo loco, hediondo de alcohol y aliento a ajo, el relato era cierto. Pensar que se burló de los pasantes que con atención le oyeron en la taberna, se burlaba de su ingenuidad ante la superstición, de su ignorancia, de que cayeran en esos cuentos de susto para niños... Ahora todos esos alardes se le clavaban como cuchillas en el orgullo, se sentía como un verdadero idiota. Se sentía estúpido pero no por su escepticismo, él era consciente de que el mundo afuera de los muros aún estaba repleto de todo tipo de monstruosidades, se sentía estúpido por caer embaucado en la soberbia y la confianza, confiar de que algo no era posible por el mero hecho de que carecía de lógica su existencia ¿En qué civilización dejarían tal monstruosidad vivir tan cerca de una de las más grandes ciudades sureñas? ¡Aquel fortín estaba a un día de caminata! ¡A un solo día! Así era la verdadera cara de los mandamases por aquellas tierras. Preferían evitar los esfuerzos ante la adversidad a cambio de seguir enfrascados en sus propios intereses. Ahora no podía creer que aquel monstruo haya existido tantos años allí y a nadie le interesara matarlo nunca. De nadie reclamar el viejo puesto militar. ¿Nunca nadie? ¿Cuántos habrán padecido allí? Al parecer no los suficientes ante los ojos de los señores gobernantes como para actuar.

-¡Toma! Aquí tienes - Ganzel contrajo la mirada y con lerdo movimiento tomó la túnica que la niña le extendió. Aún estaba en ese punto de trasladarse de sus meditaciones a la realidad delatado por su cara de atontado. -Gracias... - la respuesta no llegó a sus oídos, la niña continuaba haciendo cosas de aquí para allá con sus simpáticos canticos.

Mirarle era conmovedor, ni siquiera el otoño era capaz de desflorar la atmósfera de alegría que le seguía con cada uno de sus saltitos. Iba por el campo juntando flores sin ningún apresuramiento, elegía con recelo solo admitiendo la más perfecta de las perfectas, hace días deseaba armar el ramo ideal con los colores del arcoíris y por lo visto la mañana soleada le motivó a ello. Andaba con gracia y soltura, escapando con risas de la mula que no paraba de acosarle, iba de un lado para otro disfrutando como solo un niño puede hacerlo. Él le miraba, le miraba y eso le devolvió la sonrisa.

Pyra se haría cargo como de costumbre de Zamasha mientras Ganzel iba en otro de sus intentos de “cacería”. Con el cuchillo en la cintura admitía su propia ridiculez, pero para alivianar la vergüenza prefería imaginar que trasladaba un facón con carencias. Las praderas no

disponían de otro alimento que no fuera de antojo de Vivildi, por lo que era obligatorio moverse hasta los montes, los cuales le quedaban un poco lejos. No era de su agrado la idea de alejarse tanto, miraba hacia atrás inconscientemente una decena de vez aun cuando el campamento se escondía detrás de las colinas, le cosquilleaba la sensación de que jamás regresaría. Iba con miedo entre las matas ya resignado a su fracaso. Sus sentidos eran incapaces de diferenciar o rastrear nada, todo se oía igual, todo olía parecido, nada se veía más que naturaleza. Las horas pasaron pero para su suerte aquel día sería diferente. Regresó al campamento un poco antes caer la noche, bañado de sudor y varias embarraduras, tenía el cuerpo machucado a causa de un par de correteadas por la desesperada captura de liebres silvestres, sin suerte en el acto, solo hubo como recompensa escracharse contra la amistosa madre tierra. Pero no le importaba la suciedad ni le incomodaba el dolor de sus raspones, estaba contento, hoy traía algo digno de cenar que no fueran setas o bayas, por fin comerían bien.

Apenas Pyra vio el pato casi fallece de la impresión, sentía pena por el animal muerto, lo miraba con rechazo sin atreverse a tocarlo. Estuvo a punto de pedir que lo regresara de dónde lo sacó, imaginarse comer a la pobre ave le daba arcadas, en especial porque nunca había comido uno.

-¿Y cómo lo atrapaste? – decía ella sin apartar la vista del plumífero.

-Presta atención – dijo con media sonrisa mientras se remangaba – Deambulé por los bosques horas y horas pero no encontré nada, al parecer todas las criaturas de allí al verme llegar se ocultaron en los sitios más recónditos de sus guaridas, agazapados y temblorosos de que un fiero cazador como yo me haga de sus pellejos. Continué sin cesar mi búsqueda y en un lago entre los campos lo vi nadando solitario, apenas me acerqué quiso escapar con su vuelo, pero demasiado tarde, lancé mi cuchillo y con atino le di en el aire a su pecho, acabando con su vida en un pestañar, de forma digna e indolora. – el rostro de la niña se abría de ojos y boca, no sabía distinguir si le creía realmente o simplemente actuaba, en ambos casos no le importaba, verle tan maravillada le envalentonaba, además era mucho más interesante su historia que la verdadera, poca elegancia tiene lanzar un piedrazo al aire fruto de la frustración y por mero acto de fortuna escuchar el escapar de los patos, ni el mismo aún se cree que le haya dado, simplemente traspasó una pared de altos arbustos y allí en un pequeño estanque interno en la maleza le encontró flotando, inconsciente ¿y para qué decir la verdad? El resultado sería el mismo, a fin de cuentas lo importante era la comida, la caza exitosa no su historia, o así fue como lo ensayó todo el camino de regreso.

La noche se apresuraba con su frescura a atraparlos en la oscuridad, por lo que fue prioridad armar el fuego. Costó varios intentos,

Ganzel no llevaba mucha práctica con el pedernal pero nada que una docena de fracasos no pudiera resolver. Rascando su barba llena de hojas y ramas no encontraba el modo de sobrepasar su nuevo reto; cocinar el pato. Nada sabía de ello, pocas veces se recordaba cocinando, inclusive en el largo trayecto que llevaba recorriendo solo. Lo miraba dubitativo, como expectante de que el mismo animal se asase a sí mismo, su mueca torcida le dejaba en evidencia. Pyra venciendo su miedo, en parte impulsada por el gruñir de su barriga, ayudó a Ganzel con los preparativos. Era cierto que la niña nunca había comido un pato pero si recordaba como su madre más de una vez desplumaba las gallinas. El proceso se estiró más de lo deseado y con el hambre que ambos compartían parecía el doble. Vertieron el agua hirviendo y comenzaron a desplumar hasta donde la paciencia les alcanzó. Ganzel estaba sorprendido con los pocos escrúpulos de la niña para manipular el animal muerto, hacía cosas que a Ganzel mismo le daba asco todavía hacer, tampoco podía diferenciar si se trataba de experiencia o una fácil tolerancia para esas circunstancias, en especial por la primera impresión que tuvo ella al verlo, pero era de mucha ayuda y lo agradecía en secreto.

Aún repleto de blancura el pato pasó al espiedo. Pronto con el rostizado se comenzó a sentir el aroma, no tan agradable en un principio pero lo suficiente para hacer agua a la boca. Ahora solo quedaba esperar.

-Señor... - dijo ella con timidez

-Sabes que puedes llamarme por mi nombre ¿Verdad? Dime Ganzel, solo Ganzel - le respondió mientras giraba el pato.

-¿No extraña su hogar?

-Un poco, pero no siempre - llevó su mano a la barbilla, dubitativo de su respuesta y a la espera de la siguiente pregunta.

-¿Queda muy lejos de aquí?

-Muy lejos, si ¿has escuchado alguna vez acerca la península de Voemher? - ella negó con la cabeza sacudiendo sus cabellos - Bueno, queda muy lejos al oeste, allí hacia donde se pone el sol, muy lejos.

-¿Y cómo era su hogar? ¿también vivía en una casita? Me gustaba mi casita en el bosque, me gustaba también el pueblecillo, todos eran buenos conmigo - la niña no apartaba su vista del fuego, solo sus manos nerviosas que jugueteaban con piedrecillas y ramas eran muestra de su curiosidad.

-No tuve la suerte de vivir en un hogar como el tuyo, me hubiese gustado. El mío era un tanto... distinto... demasiado distinto, no sabría

explicártelo, pero no me agradaba.

-¿Y sus papás? ¿No los extraña?

-Un poco... no siempre, supongo que lo normal. No nos llevamos muy bien.

-¿Por qué?

-Cosas que pasan, a veces las relaciones no son como se suponen que deberían ser. - una pequeña dosis de nostalgia se apoderaba del semblante del hombre que al igual que la niña se dejaban hipnotizar por las llamas.

-¿Y ellos siguen en su hogar o...?

-Siguen allí, sí - se apuró a responderle para ahorrarle la incomodidad de la pregunta - y seguramente seguirán allí por muchos años más.

-¿Y no le gustaría volver a su casa? ¿Con su papá y su mamá?

-Algún día, quizás - mintió - pero de momento tengo otras cosas que hacer. Cosas pendientes.

-Claro, le entiendo. Yo quisiera poder volver a casa pero ya sé que no se puede. -la niña no parecía entristecerse con sus palabras pero Ganzel no podía evitar que se detuviese el corazón. El innatural manejo de las emociones de la niña le preocupaba, presentía que algo le aquejaba pero no sabía por donde actuar y temía mucho hacerle aún más daño con un comentario incorrecto.

-¿Tiene hermanos o hermanas? - continuaba dulcemente jugueteando ahora con su anillo.

-La verdad que... - alzó la mirada ganando en ese silencio tiempo para responder- Los tengo, tengo varios hermanos, somos ocho para ser exactos, cuatro varones y cuatro mujeres.

-¿Y no los extraña?

-Mmm... a alguno sí, no a todos, no te mentiré, pero me agradecería volver a ver a un par de ellos.

-Me hubiese gustado tener un hermanito o una hermanita para jugar, en casa solo éramos mamá y yo.

-¿Y qué fue de tu padre? – no pudo evitar la pregunta como tampoco los rugidos de su estómago.

-No lo sé... no tuve papá y mi mamá nunca hablaba de él... - bufó decepcionada de forma tal que hasta fue gracioso, una actitud adulta fuera de lugar – Pero no lo extraño la verdad, nunca lo necesitamos mamá y yo, éramos felices como estábamos.

Ganzel sonreía con disimulo, estaba orgulloso de la muchachita y le gustaría poder decírselo pero no era capaz, algo no se lo permitía, quizás fuera el miedo de comprometerse aún más con ella y no poder hacerse cargo o quizás era el miedo de continuar despertando nostalgia y melancolía que se aceleraba con el palpar de los latidos.

-Usted que sabe mucho... - la niña se atragantaba con sus propias palabras pero la pregunta era obvia, muy obvia aún para el más de los ineptos.

-Todo saldrá bien, niña mía, ella volverá pronto, tiempo, solo tiempo - le dijo mirándole a los ojos aunque los de ella no le correspondieran.

-La extraño mucho... aunque sé que ella no me quiere. - apretó los labios - pero igual la extraño.

-¿Por qué dices eso? ¿Por qué dices que no te quiere? – Ganzel apenas pudo ocultar su sorpresa por un instante recomponiéndose en el momento justo - Yo creo que ella te quiere mucho y te debe extrañar por igual.

-No es así, puedo verlo, sé que no me quiere, una vez la escuché decirlo mientras dormía, sé que no me quiere.

-No hables así. – se acercó un poco más y le rodeó con su brazo justo a tiempo para sostener una lágrima fugitiva – Claro que ella te quiere, sin duda alguna. Nadie haría lo que ella hizo si no fuera por amor y tú lo sabes.

-Pero le oí decirlo, ella me odia.

-¿Cuándo?

-Cuando duerme – Ganzel quedó irresoluto, no comprendía en absoluto y sentía una extraña espinilla en su garganta.

-Pyra... ¿a qué te refieres?

-Hace días que no lo hace, pero habla por las noches, habla con alguien mientras duerme y la oí decirlo, le dijo que me odiaba. – la niña continuaba su fijación en el fuego y no inmutaba su rostro, su postura era indiferente aunque sus ojos no parasen de insinuar un llanto.

-¿Con quién hablaba? ¿Lo sabes? – en la mente de Ganzel se disparaban miles de hipótesis e incertidumbres, ya manipulaba cientos de teorías tan absurdas como realistas, su inconsciente percibía que algo tenía que ser resuelto, algo que explicaría muchas cosas por encima de las que sabía, todas esas preguntas que se habían instalado pasivamente en él desde la primera vez que le vio.

-No lo sé... nunca puedo entender que dice y cuando quiero despertarla no puedo, nunca despierta... me daba miedo al principio pero ya no... una vez le pregunté pero se enojó mucho, me advirtió que jamás vuelva a hacerlo y desde entonces no he dicho nada... pero siento que sufre mucho cada vez que habla cuando duerme, suena triste... nunca puedo ayudarla...

-No digas eso. Estoy muy seguro que has ayudado mucho más de lo que imaginas. Eres muy importante para Zamasha tanto como lo es ella para ti. Ella no solo te quiere sino que te necesita, no es momento de pensar así, ven aquí. –La abrazó con todas sus fuerzas acogiéndola como a una hija entre sus delgados brazos. La niña se reconfortaba en el pecho de su acompañante sin poder contener el llanto, la angustia que tanto había contenido por fin encontraba un escape, las sonrisas que tanto falseaba por fin dejaban de ser un peso en sus labios, por fin pudo desahogarse y dejar libre de condena tanta amargura y tristeza de un ser que no estaba preparado para soportarlas.

Ambos cuerpos estaban unidos bajo la luz de las estrellas y rodeados por el enrojecer del fuego, unidos en sus remordimientos y penas, sosteniendo sus ilusiones y alegrías, las lágrimas se continuaban desprendiendo, pero lentamente desde la tristeza ambos sintieron y agradecieron la fortuna de estar allí, de sentirse por fin libres, comprendidos y aceptados, de tenerse uno al otro. Ganzel no podía explicar el inquieto remover de sus sentimientos interiores, pero de alguna forma se sentía perdonado de pecados a los cuales no podía poner nombre, su alma estaba satisfecha, un espacio en su ser se rellenaba de placer con poder ayudar a la pobre niña de relucientes cabellos, de contenerla en su pecho y ser testigo de sus lágrimas, de poder realmente hacer algo por ella.

La noche observaba tranquila con sus adornos selenicos mientras el manto oscuro del cielo se envolvía paulatinamente en una bella aurora que iba de horizonte a horizonte matizando ante sus ojos un sin fin de inimaginables colores. La cúpula multicolor repleta de magia potenciaba todas sus fantasías, dejaban correr el tiempo a sus anchas sin

preocupaciones, solo disfrutando.

-¿Pyra? – la voz era inconfundible por su armoniosa presencia y una larga sombra se estiró hacia ellos. Ambos voltearon y sus ojos remojados en la salitre de las penas no pudieron contener la sorpresa. Allí bajo la luz de las estrellas y el enrojecer del fuego sumergidos bajo la aurora boreal solo los dioses eran testigos del milagro. Zamasha había despertado y de pie les observaba. Les observaba con lágrimas en los ojos, lágrimas que decían adiós a la tristeza.